

el combate se renovaría con el día, á cuyo fin hizo concentrar sus fuerzas al rededor de los fuertes y baterías de la plaza. Los almirantes, en vista de estas disposiciones, creyeron que, en efecto, tendrían nueva batalla al amanecer, y para prevenirla, hicieron decir á Ibrahim el día 21, que ellos estaban dispuestos á respetar los restos de la escuadra turco-egipcia, los fuertes y la ciudad, pero que si eran de nuevo atacados, lo destruirían todo viendo en ello una declaración de guerra por parte del sultán. En vista de esa comunicación, se izó la bandera blanca en los fuertes, y todo quedó terminado, retirándose las escuadras á sus puertos para reparar sus averías.



En el Danubio

opinión que contrastaba con el contento caballeresco de Francia, siempre ávida de gloria militar.

Inglaterra, fuera del partido liberal que anteponía las ideas á los principios positivistas de sus gobernantes, estaba desolada. Lo primero que allí fué causa de disgusto, por la precipitación de los almirantes, fué el que un gran número de cargamentos de trigo no iban ahora á pasar por delante de Constantinopla por temor al embargo, y por lo mismo, el comercio protestaba de lo que se había hecho por lo que comprometía sus intereses. El gobierno veía ahora con espanto que, destruída la armada turca, Turquía quedaba á merced de Rusia, y que al fin y á la postre no se había hecho nada más que servir los intereses rusos, comprometiendo la seguridad de Inglaterra y la paz de Europa. Por esto al inaugurar las sesiones del año 1828, en el discurso de la corona llamaba el rey «lamentable suceso,» á la batalla de Navarino.

Pero lo peor era que el gobierno no hacía por los vencedores de Navarino lo que siempre hacía Inglaterra por sus soldados victoriosos, y esto ponía fuera

Los restos de la escuadra egipcia salieron para Alejandría el 28 de Diciembre.

Cuando se difundió por Europa la noticia de la batalla, los filohelenos no cabían en sí de gozo, pues comprendían perfectamente que Grecia se había salvado en el momento en que iba á caer en el abismo. Pero fuera de los filohelenos y de Rusia, que, naturalmente, estaba fuera de sí de contento, en las demás grandes potencias fuera de Francia, no se sabía como apreciar ni justificar lo que para muchos había sido un atentado digno de severo castigo.

Metternich, no dejaba que otros dijeran que aquello había sido pura y simplemente un asesinato,

de sí á los militares y á los patriotas, quienes decían con razón, que era necesario premiar á la marina y á Codrington ó llevar á éste delante de un consejo de guerra, de modo que el almirante inglés, calificado por muchos de petulante, se vió obligado á defender su conducta, justificándola con el tenor de las instrucciones que se le habían comunicado, las cuales, en efecto, por su ambigüedad como hemos dicho y visto, llevaban á consecuencias como las que ahora deploraba el nuevo gobierno inglés que era el reverso de la medalla del de Canning y con el cual Metternich se hubiera puesto de acuerdo á habérsele dejado tiempo.

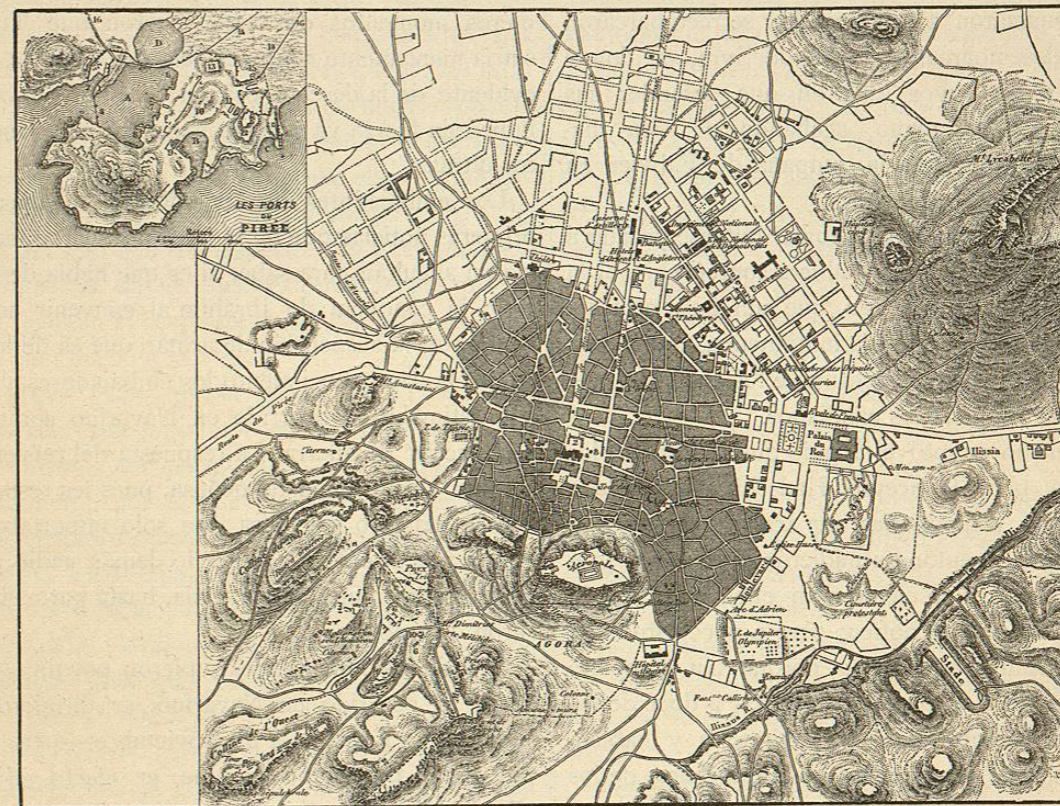
En Grecia la noticia de la victoria de Navarino, hizo por un momento creer que la paz era un hecho, pero vino á no tardar la desilusión y entonces todo fué pensar en golpes de efecto para apresurar la solución. Los filohelenos con Cochrane y Fabvier, querían una expedición contra las islas de Chios y de Candía, lo que era una insensatez, primero porque era romper la tregua por mar y exponerse á que Codrington tratara á los griegos como

había tratado á los turco-egipcios, y segundo porque no podían dudar un momento de que al hacerse la paz ni Chios ni Candía serían dejadas á Grecia.

Los almirantes que estaban enterados de lo que se tramaba, todo era advertir al gobierno griego que no se dejase arrastrar á tan peligrosas empresas, excitándole, por lo contrario, á que pusiera fin al desenfadado curso que hacían los marinos de las costas de Graboussa, quienes defendían sus fecho-

rías diciendo que desde sus rocas preparaban la emancipación de Chios y de Candía.

Bien hubiera querido el gobierno acceder á lo que reclamaban los almirantes, pero el gobierno helénico no tenía fuerza para hacerse obedecer, y Kapodistrias, que era el solo que hubiera podido regularizar la situación, iba de una á otra gran capital solicitando recursos para Grecia, pues no quería ir á ocupar su puesto sin llevar á su patria más fuerza



Atenas

que la fuerza moral de un hombre; por esto la anarquía continuó reinando en todas las operaciones como en los días que siguieron á la caída del Acrópolis de Atenas. Sin embargo, el gobierno helénico hizo lo que pudo para dominar á los corsarios, pero á estos se les habían de aplicar rigurosas medidas, si se quería libertar al mar de tales malhechores.

Por tierra, Vassor y Kríezatis se unían para llevar la guerra á la Heladia Oriental, á donde acudieron Hastings, que llevó con sus buques,—últimos de Noviembre,—al general Church y á su gente y á Kostos Botsaris. La expedición fué afortunada durante todo el invierno de 1828, hasta ir á estrellarse delante de Anatoliko, en donde Hastings,—23 de Mayo,—recibió una herida mortal al darse el asalto

á la ciudad, falleciendo de resultas de la herida el 1.º de Junio. Grecia acababa de perder á uno de los filohelenos que más había hecho por ella, á la que había principiado por sacrificar su fortuna, sacrificándole por último su vida.

La expedición contra la isla de Chios, fué aún más fatal. Fabvier desembarcó en ella el 27 de Octubre, esto es, ocho días después de la batalla de Navarino, pero en Chios había una guarnición valiente mandada por un ejército bravo, y á estos hombres era inútil intimarles la rendición como lo hizo el coronel francés.

Todo el mundo le aconsejaba que se retirara de una empresa que no tenía medios para llevar á cabo, pero Fabvier se empeñó en ella desentendiéndose hasta de las observaciones de Rigny que era

su pariente y amigo, que le avisaba que Tahir-Pachá se disponía á acudir en socorro de Chios, y que esta expedición turca lograría su fin pacíficamente, pues, las potencias aliadas no podían impedirlo.

Esta expedición de Tahir-Pacha que se temía para primero del año 1828, no se llevó á cabo hasta Marzo. En efecto, Tahir-Pachá reforzaba el 12 de Marzo á la guarnición de Chios, llevando allí á dos mil quinientos hombres. Desde este momento, los que tenían puesto sitio á Chios, perdida toda esperanza renunciaron á la empresa y se reembarcaron yendo á desembarcar en la isla de Syra, en donde Fabvier y los suyos tuvieron que defender sus vidas espada en mano, acabando de esta manera tan poco gloriosa la campaña de Fabvier en Grecia.

Si en vez de ir á Chios, Fabvier hubiese pasado á Candía, en esta isla no le hubiera sonreído mejor la fortuna, porque en esta isla, que aún hoy protesta de su sumisión á Turquía inútilmente, continuaba entonces viva aquella actitud de los spakiotas que tan funesta fué para los candianos.

Fabvier no aceptó el mando que le ofrecían los candianos, pero lo aceptó Hadschi Michalis con anuencia de Kapodistrias que acababa de llegar al fin á Nauplia, y entonces pudieron probar los graboussianos que si en efecto eran ellos corsarios, lo eran con un fin patriótico; pero á poco estuvo de no poder salir la expedición, porque allí compareció el comodoro Staines para arrestar á doce de los principales promovedores de la piratería y habiéndosele negado su presencia y la existencia de los buques piratas, Staines, á pesar de ofrecérsele entregar los buques todos que había en el puerto, si concedía que pasara la expedición de Michalis á Candía, lo que le suplicaban Hamilton y Maurokordatos, bombardeó dichos buques hasta destruirlos todos, llevándose á cinco de los doce sujetos que fué á buscar. Mas tarde Miaoulis capturó á setenta y ocho otros buques.

Este acto de inútil rigor, se interpretó desde luego como una satisfacción dada á Turquía para demostrarle que lo ocurrido en Navarino había sido accidental, y esto hizo que se cerraran luego los ojos y se dejara marchar la expedición de Michalis, porque la opinión en Grecia iba pronunciándose contra una intervención, cuyos frutos parecía que estaban tan verdes que no había medio de cogerlos.

Ya hemos dicho que esta expedición fué desgraciada, pues, habiendo desembarcado en 11 de Febrero, el 5 de Junio salían por capitulación los últimos expedicionarios, dejando enterrados en los

campos de Candía á los más de sus compañeros, incluso su valiente jefe.

Adivinase desde luego que cuando se supo en Turquía lo ocurrido en Navarino, los cristianos que vivían en la Puerta se consideraran perdidos, y aún se asegura que el sultán estuvo dispuesto á autorizar su asesinato: lo cierto es que Chosrev y Houssein dieron órdenes á sus oficiales, que cualesquiera orden que se les diera en dicho sentido, les fuera previamente consultada. Pero pasados los primeros momentos de terror, vieron que Turquía sufría nuevamente con paciencia ese desastre, señal evidente de la descomposición de ese imperio musulmánico sin fuerza ya para rechazar los más sangrientos ultrajes.

Los embajadores de las potencias aliadas á las primeras noticias que de la batalla tuvieron, se dirigieron al sultán para saber si es que había desaprobado la conducta de Ibrahim al convenir con los almirantes la suspensión de armas, que es de lo único que tenían conocimiento los embajadores, y si es que estimaba lo ocurrido en Navarino como una declaración de guerra. La respuesta del reis-effendi fué tan digna como desdeñosa, pues les respondió que lo primero era cosa que solo importaba á la Puerta y al Pachá, y que por lo demás nadie podía saber de una mujer embarazada, hasta parir, si traía varón ó hembra.

Cuando los embajadores supieron, por fin, oficialmente lo ocurrido en Navarino, se dirigieron de nuevo á la Puerta,—4 de Noviembre;—pero el divan dióles por respuesta que, en efecto, el reis-effendi no había recibido autorización para entrar en tratos con unos embajadores que decían á la vez sí y no, y que para ellos lo ocurrido en Navarino era como si después de haber roto un hombre la cabeza al otro, le tendiera su mano asegurándole ser su amigo.

Hacíase, pues, por momentos insostenible la situación de los embajadores en Constantinopla, pues no teniendo órdenes para llevar las cosas hasta el último extremo, no sabían por dónde moverse para crearse una situación despejada, y estos apuros iban creciendo á medida que la Puerta iba caracterizando su oposición, pues principió por apoderarse de los cargamentos que pasaban por el Bósforo, y acabó por negar el firmán á los correos de los embajadores, de modo, que estos quedaban poco menos que sitiados. Entonces reclaman los tres embajadores la libertad de comunicaciones, á lo que contestó el reis-effendi diciendo, que primeramente quería saber si los aliados querían ó no abandonar por

completo la causa griega; segundo, si pagarían una indemnización á la Puerta por los daños que le habían causado en Navarino; tercero, si darían ó no una satisfacción formal al sultán y á la Puerta. Estas preguntas, como se comprenderá, iban encaminadas á una ruptura de relaciones, ruptura acordada por el gran consejo el 5 de Noviembre de 1827, pero no por esto se debía declarar la guerra á las potencias.

El internuncio, al enterarse de lo que pasaba, rogó á la Puerta que no formulase sus cuestiones de una manera oficial y á los embajadores que no las recibieran en tal concepto, pero sus buenos oficios fueron inútiles; la Puerta insistió con gran energía y los tres embajadores replicaron que ellos no podían hacerse cargo de tales puntos, asegurando á la Puerta tan solo que sus respectivos gobiernos estaban animados de los mejores sentimientos, por lo que le repetían si aceptaba ó no las proposiciones que habían hecho á la Puerta.

Ya hemos dicho que la Puerta siempre se había demostrado estar muy impuesta de lo que pasaba en los ministerios europeos, así es seguro que ahora supo á tiempo que el nuevo gobierno inglés encargaba á Stratford mucha moderación y por esto adelantándose á los embajadores se manifestó dispuesta á entrar en negociaciones separadas con Inglaterra y Francia hasta consentir su mediación con tal que dejaran sola á Rusia, con cuya potencia se sentía Turquía con alientos para medir sus fuerzas.

Pero Stratford se desentendió de tales proposiciones, formulando las suyas que consistían en «el restablecimiento de las relaciones amistosas, la suspensión de armas y la declaración de que la Puerta por su propia iniciativa concedería á la Grecia privilegios parecidos á los que se indicaban en el tratado.» Estas proposiciones no parecían sino presentadas por Austria, y sin embargo el reis-effendi, después de cinco horas de conferencia,—24 de Noviembre,—durante las cuales fué tratado con la mayor consideración, se negó á toda transacción con los griegos, á lo sumo se mostraba dispuesto á concederles en cambio de su sumisión una amnistía completa.

Era, pues, imposible establecer inteligencia alguna con la Puerta sobre la situación de Grecia, y comprendiendo finalmente que era inútil toda otra nueva tentativa para llegar á un acuerdo, los tres embajadores pidieron sus pasaportes. Negóselos el ministro diciendo que no había motivo para ello, pero los embajadores insistieron. Entonces el gran visir suplicó al sultán que hiciera alguna concesión, y el sultán concedió que se perdonara á los griegos la ca-

pitación de los últimos siete años, y la del año próximo de 1828, renunciando á toda indemnización por parte de las potencias por el daño que le habían causado en Navarino. Esto venía á probar más aún que la inteligencia que se buscaba era imposible; en su consecuencia, los embajadores abandonaron á Constantinopla,—8 de Diciembre.

Aún no habían abandonado las aguas de Constantinopla, cuando ya el gobierno turco se preparaba resueltamente para una gran guerra, dirigiendo un manifiesto al país justificando su conducta y desmereciendo el inícuo proceder de Rusia, á la que atribuía la responsabilidad en todo lo ocurrido: así se apresuró á intervenir en los asuntos de Asia haciendo que la Persia se negase á aceptar la paz ajustada con Paskewitch, que había acabado al fin con las victorias de Abbas-Mirza, pero Paskewitch se mostró resuelto hacer pagar á Persia su retirada, y el sultán de Persia firmó al fin la paz de Touskmantschái,—21 de Febrero de 1828,—por la cual Rusia obtenía el derecho exclusivo de navegar por el mar Caspio, y la posesión de las provincias de Nachouchivar y Erivan que traía la influencia del patriarca católico armenio sobre los armenios establecidos en los diferentes puntos del imperio Otomano; de aquí la persecución de estos armenios á quienes se expulsó de la Turquía europea, á la que ayudaron los armenios griegos, pues siempre en Oriente las pasiones religiosas llegaban á este funesto resultado de perseguirse encarnizadamente las varias confesiones cristianas.

Metternich, en esto, había vuelto á la escena y ocupado un punto principal. La Puerta había enviado un despacho aceptando su mediación entre ella y los aliados, pero Metternich ya comprendió que sobre esta mediación no podía fundar esperanza alguna, por cuyo motivo comunicó desdeñosamente á las potencias interesadas la comunicación del gran visir, la que no fué parte para que Rusia dejara de cantarle las verdades diciendo que aquello que de tal manera menospreciaba, era lo mismo que él había aconsejado.

Entonces, Metternich, como consecuencia de esa comunicación hízose el enfadado en Constantinopla, pretendiendo que allí no se habían seguido sus indicaciones más que á medias, y que lo que ahora convenía era que se diera una amnistía á los griegos y se aceptara la suspensión de armas. La Puerta, al ver en esta actitud á Austria, no podía volver en sí de su asombro, y le dijo á Metternich que al fin y al cabo le había traicionado como las demás potencias. Pero Turquía se equivocaba y no le igualaba en el